

## LA UNIÓN APOSTÓLICA DEL CLERO EN ESPAÑA HASTA EL CONCILIO VATICANO II <sup>1</sup>

Dentro del desarrollo histórico de la Iglesia juega un papel fundamental el ministerio sacerdotal. La interrelación entre ministerio sacerdotal y santidad, a lo largo de la historia, va cobrando importancia en la medida en que se profundiza sobre la esencia del sacerdocio como real configuración con Cristo. De esta manera, es lógico que surjan asociaciones que velen por la santidad sacerdotal y por la mutua ayuda dentro del *ordo presbyterorum*.

### 1. SURGIMIENTO DEL ASOCIACIONISMO SACERDOTAL MODERNO

Estas asociaciones, históricamente, nacen por el impulso de algún sacerdote celoso preocupado por la fraternidad sacerdotal y la edificación del clero. No es frecuente, en cambio, el caso de

<sup>1</sup> La bibliografía sobre la Unión Apostólica (a partir de ahora, también, U. A.), aparte de la que ofrecemos en el artículo en notas al pie, se puede encontrar en estas dos obras: L. Rubio - J. Cabezas, «Boletín bibliográfico: Presbiterio y comunidades sacerdotales», en *Sem* 37 (1969) 161-184; y L. M.<sup>a</sup> Torra Cuixart, *Espiritualidad Sacerdotal en España (1939-1952). En busca de una espiritualidad del clero diocesano*, Salamanca 2000. El Boletín de la U. A. se encuentra, no completo, en la Biblioteca del Seminario de Vitoria. Allí se conserva el archivo personal de don Joaquín Goicoecheaundía, donde está la correspondencia que mantuvo con la Dirección Internacional, uniones diocesanas, obispos, etc., sobre la U. A. a partir de 1959. En la sede de la Unión Apostólica, Dirección Internacional ([www.uacinternazionale.pcn.net](http://www.uacinternazionale.pcn.net)) se encuentra la correspondencia entre la Dirección Internacional y la Española desde el año 1935. Debo agradecer a don Théodore Terres, secretario general, la información sobre ese carteo que me ha hecho llegar. Parte de este trabajo ha sido presentado como comunicación al XXIV Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra, *El caminar histórico de la santidad cristiana*, Pamplona, 28-30 de abril de 2003.

una asociación sacerdotal promovida desde arriba, desde el obispado, por motivos obvios. Estas asociaciones conllevan en muchos casos una espiritualidad determinada (ignaciana, teresiana, ligadas a una devoción) que el obispo no puede primar en detrimento de otras espiritualidades ya que debe salvaguardar la libertad de sus sacerdotes. A la vez, en algunos países, estas asociaciones van a ir conformando una mentalidad diocesana que se basa en las características peculiares de la propia diócesis y como no en la sujeción al propio obispo.

No es causalidad que muchas asociaciones sacerdotales modernas tuvieran su inicio en el siglo XIX<sup>2</sup>. En primer lugar, por ser un siglo de grandes cambios sociales que dificultan la vida sacerdotal y a la vez facilitan la comunicación entre los sacerdotes y sus superiores. Aparte de la persecución religiosa que sufren abundantes países en Europa hay que sumar la concentración de efectivos poblacionales en las grandes ciudades, dando lugar a numerosas parroquias nuevas, a una reorganización del territorio y en definitiva a la necesidad de afrontar nuevas situaciones. En algunos casos, aparecen grandes parroquias y santuarios que propician una convivencia más estrecha entre los sacerdotes.

Por otro lado, es un siglo en que destacan con luz propia la vida de dos grandes sacerdotes, los dos en circunstancias claramente adversas: san Juan Bautista M.<sup>a</sup> Vianney y san Juan Bosco. Estas dos figuras influirán de modo especial en toda la espiritualidad sacerdotal del siglo XX y de las asociaciones sacerdotales, siendo, además, punto claro de todas las referencias magisteriales sobre el sacerdote. En fin, el siglo XIX es el siglo del asociacionismo católico. Aunque normalmente hace referencia a las asociaciones laicas, en muchos casos de beneficencia o ligadas a la causa obrera (p. ej., los círculos católicos), no cabe duda que la Iglesia favorece todo lo que sea agrupar fuerzas e ir a la par en la búsqueda de un objetivo común.

2 Por ejemplo, la «Asociación de Sacerdotes del Prado» fundada en Lyon, en 1856, por el beato A. Chevrier; la «Unión Sacerdotal» fundada por M. Beaulaye; la «Sociedad del Corazón de Jesús» fundada por Pierre-Joseph Picot de Clorivière, SJ; la «Unión de San Francisco de Sales» fundada, en 1874, por l'abbé A. Chaumont; la «Asociación de Perseverancia Sacerdotal», en 1868, en la archidiócesis de Viena; la «Asociación de Sacerdotes Adoradores» fundada por Pierre Julien Eymard y aprobada en 1871; la «Liga de Santidad Sacerdotal» fundada en Amiens, en 1901; la «Liga Sacerdotal Eucarística» aprobada en 1906; «Fraternité Sacerdotal des Amis de Jésus», fundada por el cardenal Mercier en 1918. Ver A. Brou, «Associations pour la santification du Clergé», en *DSp*, I, p. 1037ss., Paris 1937.

## 2. NACIMIENTO DE LA UNIÓN APOSTÓLICA DEL CLERO

En 1862 surge la Unión Apostólica del Clero, fundada por Victor Lebeurier (1832-1918)<sup>3</sup> en París. En ese mismo año en Italia, Giuseppe Martini, sacerdote de la diócesis de Treviso, funda la «Congregazione dei Veri Amici» que tiene por objeto formar sacerdotes santos, apostólicos, en los cuales el amor de Dios y al prójimo fueran alma y vida. Esta asociación, al llegar al conocimiento de la existencia de la Unión Apostólica y al comprobar el paralelismo de ideales, se fundió con la U. A. en 1880. Lebeurier funda la U. A. como una federación de grupos reducidos de sacerdotes con el objeto de promover en Francia, bajo la forma de un oratorio diocesano, independiente de la Congregación del Oratorio, comunidades sacerdotales que practicasen la vida en común conforme a la regla del venerable Bartolomé Holzhauser<sup>4</sup>. No es casualidad que monseñor Lebeurier formara parte de la Asociación de Sacerdotes de San Sulpicio, cuya espiritualidad tanto ha influido en la formación de los diferentes movimientos sacerdotales<sup>5</sup>. Por aquel entonces un sacerdote francés, Gaduel, vicario

3 Lebeurier dudó largo tiempo sobre su vocación sacerdotal. Pensó seriamente hacerse jesuita. Finalmente se ordenó, en 1855, en Coutances y se fue a «La Soledad», casa de noviciado en Issy, para preparar su ingreso en la Asociación de Sacerdotes de San Sulpicio. Siendo rector del Seminario de Orleans fundó la U. A. y decidió abandonar a los sulpicianos para dedicarse a la nueva fundación. V. Lebeurier, *Les associations sacerdotales. Leur origine, leur but, leurs avantages, leur organisation, leur forme la plus parfait: la vie commune*, Paris 1892, 3.ª edición. En este libro, Lebeurier hacía una apología de la vida en común del clero y explicaba con gran detalle en qué consistía la U. A. Además, presentaba las aprobaciones papales y las de cada obispo donde la Unión realizaba su labor. Por último, daba unas estadísticas sobre el desarrollo de la Asociación: la Unión contaba con 2.758 socios en Francia y 2.116 en el resto del mundo. Destacamos que en América del Sur existían sacerdotes de la U. A. en Colombia, Venezuela y Chile.

4 A mitad del siglo XVII, el venerable Bartolomé Holzhauser (1613-1658) pone en marcha, en Salzburgo, un «Instituto de clérigos seculares» que hacían vida en común, practicando la pobreza evangélica. Su fin era la santificación por el ministerio sacerdotal que se les confiase. Los cuatro puntos que definían la institución eran: *vita in communi, de communi, separatio mulierum et obedientia*. De alguna manera era la transposición de los consejos evangélicos a la vida pastoral secular. No establecieron votos a la manera de los religiosos, y se vinculaban al Instituto con una simple promesa, confirmada por juramento y hecha de una vez por todas. Rápidamente se extendieron por Alemania, Hungría, Polonia, Italia e Inglaterra. P. Broutin, «L'oeuvre pastorale et spirituelle de Barthélemy Holzhauser», en *NRT* 80 (1958) 510-525.

5 Ver «Saint Sulpice», en *DSp*, XIV, cols. 176-178, Paris 1990; P. Pourrat, *Le sacerdoce. Doctrine de l'école français*, Paris 1933.

general de Orleans, publica una vida de Holzhauser con un prólogo de Dupanloup <sup>6</sup>. Esta obra que inspiró a Lebeurier recoge un sentir común en centroeuropa sobre la necesidad de cuidar la vida en común de los sacerdotes seculares. Así, es de destacar que Ketteler, obispo de Mainz, promocionó la obra de Holzhauser para su territorio; al igual que Simor, cardenal arzobispo de Grau <sup>7</sup>. A ellos se añadiría Dupanloup para la diócesis de Orleans, donde nace, justamente, la Unión Apostólica <sup>8</sup>.

La Unión Apostólica nacerá con un carácter marcado por la espiritualidad ignaciana y la devoción al Sagrado Corazón, que conservará hasta el último tercio del siglo xx. Lebeurier se inscribe dentro de ese cenáculo de sacerdotes franceses (Ramière, Olier, Gautrelet), que tanta importancia tuvieron en la puesta en marcha del Apostolado de la Oración y la devoción al Sagrado Corazón, recogiendo los rasgos que durante todo el siglo xix irán formando la base de esta devoción, que más tarde León XIII promocionará para el mundo entero ligándola al Reinado Social de Cristo (enc. *Annum Sacrum*). De este modo, el nombre completo de la Asociación será «Unión Apostólica de sacerdotes seculares del Sagrado Corazón». En el ambiente en que nace la Asociación tendrá especial interés el emerger de los Congresos Eucarísticos, tan ligados a la devoción del Sagrado Corazón.

La Unión Apostólica, en sus inicios se configuró como una ayuda práctica para el sacerdote en sus prácticas de piedad y un intento de vida en común que fracasó. Paradójicamente, la vida en común del clero, que motivó el nacimiento de la asociación, fue una de las facetas que menos éxito obtuvo entre los asociados. A esa unidad material frustrada le siguió una unidad moral que dio frutos

6 P. Gaduel, *La perfection sacerdotale ou la vie et l'esprit du Serviteur de Dieu, Barthélemy Holzhauser*, Orléans-Paris 1861. En su traducción al castellano, *Vida del venerable siervo de Dios Bartolomé Holzhauser*, Santiago 1902, se añadía una noticia sobre la U. A. y el breve de León XIII, y un estado actual de la U. A.: 2.873 sacerdotes en Francia y 3.189 en el resto del mundo (quince de ellos en España). Sobre la importancia de esta obra y de su prólogo en la puesta en marcha de la U. A., vide: A. Olichon, *Monseñor Lebeurier y la Unión Apostólica*, Vitoria 1951, p. 40s. El mismo Gaduel publicó siete artículos dentro de *l'Ami de la Religion*, febrero-junio 1851, titulados «De la vie commune dans le clergé séculier», en que explicaba la obra de Holzhauser.

7 Simor, primado de Hungría, en una de sus intervenciones en el Vaticano I, a propósito del esquema «De vita et honestate clericorum», el 27 de enero de 1869, ensalzó la vida en común de los bartolomitano.

8 Durante la celebración del Concilio Vaticano I, once obispos franceses presentaron un postulado en que, entre otras medidas, pedían que se favoreciera la vida en común del clero. Cf. Mansi 53, 335.

muy abundantes. Esta unidad moral giraba en torno a una Regla, el Boletín mensual de actos, las reuniones sacerdotales (específicamente los días de retiro), las obras de celo (promoción de vocaciones sacerdotales) y la vida en común. Además, la mutua ayuda bajo todas sus formas (pastoral, asistencial, económica) y la devoción al Sagrado Corazón<sup>9</sup>. Esta primera Regla seguía las constituciones de Holzhauser y las directrices emanadas por las Asambleas Generales de la U. A. de 1862 y 1868.

### 3. APROBACIONES PAPALES<sup>10</sup>

La U. A. creció y fue necesario buscar el aliento del papado. Así, Pío IX escribió tres breves alentando a las asociaciones sacerdotales<sup>11</sup>. Después de la Asamblea General celebrada en Paray-le-Monial<sup>12</sup>, la U. A. fue aprobada y recomendada a todo el mundo por León XIII el 31 de mayo de 1880<sup>13</sup>. Además, monseñor Lebeurier fue recibido en audiencia por León XIII. Esta aprobación supuso un impulso definitivo para su propagación a otros países. Ya durante el mandato de san Pío X, la Asociación recibió un breve

9 El artículo 1.º de la Regla reformada de 1946 decía: «La Unión Apostólica es una asociación sacerdotal que tiene por objeto la santificación de sus miembros; por medios, la regularidad en el cumplimiento de los ejercicios de piedad bajo la inspección de un director; y, para todos los que lo deseen y puedan, la vida común entre hermanos; y por lema 'Omnia sacratissimo Cordi Jesu per Mariam Immaculatam'».

10 Para completar este apartado se puede ver el documentado estudio de J. Esquerda Bifet, «Espiritualidad y vida comunitaria en el presbiterio. La Unión Apostólica, según los documentos pontificios», en *Burgense* 15 (1974), 170-205. Igualmente, *L'Unione Apostolica del Clero nei Documenti Pontifici, approvazioni, orientamenti, benedizioni*, Direzione Internazionale U. A. C., Roma 1973. Sobre la promoción de la vida en común entre los clérigos por parte del papado sirve el libro de J. M. Sánchez Marqueta, *La vida común del clero diocesano*, Madrid 1966.

11 Uno de ellos era una carta dirigida a Gaduel, vicario general de Orleans, agradeciendo la promoción que hacía de la vida en común del clero. Cf. ASS 2 (1866) 273-275.

12 En esta segunda Asamblea, donde se reunieron 30 delegados de las Uniones Diocesanas, se aprobó una tercera Regla en que se sustituían las Constituciones de Holzhauser por un Directorio Espiritual dividido en 95 artículos, redactado por el padre Ramière. El mismo jesuita dirigió los Ejercicios Espirituales y habló sobre el Sagrado Corazón. La Asamblea acabó con la consagración de la U. A. al Sagrado Corazón de Jesús.

13 ASS 13 (1880) 338-340. En el documento se hacía constar cómo la U. A. estaba presente en treinta diócesis francesas y en Bélgica. El breve decía: «Exhortamos a todo el clero secular a alistarse en esta saludable asociación».

(*Cum Nobis*, de 28 de diciembre de 1903)<sup>14</sup> colmado de elogios en que el Papa aludía a su pasada pertenencia a dicha asociación. Esta recomendación estuvo muy presente en el ánimo de todos los sacerdotes y para la propia U. A. fue una de sus mayores glorias. En ese breve, san Pío X se refería a la Unión como «asociación de perseverancia sacerdotal». El pontífice remarcaba como su pertenencia se mantuvo aún después de la ordenación episcopal, con lo cual daba vía libre a los obispos para pertenecer a esa asociación. San Pío X siguió impulsando los medios auxiliares para los sacerdotes en su exhortación *Haerent animo* del 4 de agosto de 1908 en que alentaba a la formación de asociaciones sacerdotales que fomentaran la santidad sacerdotal<sup>15</sup>. En 1912, san Pío X recibió a la Asamblea General de la U. A.<sup>16</sup>

Benedicto XV, que había promulgado el Código de Derecho Canónico, erigió la U. A. en Pía Unión, el 17 de abril de 1921<sup>17</sup>. El segundo director general de la Unión, Louis Lamerand, pidió al Papa que elevara la Asociación Madre de París al grado de Primaria (o Archihermandad) para todo el orbe católico, estableciendo su sede, a perpetuidad, en la capilla de San Dionisio de la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús en Montmartre. El Papa concedió el poder de agregar a la Primaria las Uniones existentes o futuras en todo el mundo y de comunicarles las indulgencias, gracias espirituales y privilegios de la pionera<sup>18</sup>. Este hecho revisite importancia en la estructuración de la U. A. A partir de este momento la U. A. se compondrá de la Unión Primaria, radicada en París, y las Uniones Diocesanas, que se agruparán en Uniones

14 ASS 36 (1903) 594-599. El Papa habló en «un sfogo di un cuore addolorato» de unión y obediencia al Papa en una clara alusión a la crisis modernista.

15 En esta carta encíclica se hacía una referencia implícita a la U. A.: «Nos mismo durante nuestro ministerio episcopal promovimos una asociación, cuya experiencia nos demostró sus ventajas y que continuamos aún ahora a abrazar». Ver comentario a esta encíclica en *L'Ami du Clergé* 32 (1910) 456.

16 Alocución del 18 de noviembre de 1912, en AAS 12 (1912) 693-695.

17 Unio Apostolica Sacerdotum Parisiis instituta in Primariam erigitur seu confirmatur, atque indulgentiis et gratiis spiritalibus ditatur. Cf. AAS 13 (1921) 302-305. Unos días antes el Papa había nombrado al cardenal Gasparri protector de la U. A. Cf. AAS 13 (1921) 116.

18 Las uniones secundarias o diocesanas necesitaban de la erección canónica del obispo del lugar. La Asociación diocesana debía tener una sede (iglesia, oratorio público o semipúblico —el caso prototípico era la capilla del Seminario—) y un altar de la hermandad; debía vivir la Regla de la Unión Primaria, aunque podía adaptarla; y debía someter sus estatutos al obispo al solicitar su erección canónica. Una vez erigida la Asociación, se podía solicitar la agregación a la Unión Primaria.

Nacionales<sup>19</sup>. Después de esta aprobación la Unión Internacional se reunió para celebrar una Asamblea General (1923), de donde salió una nueva regla<sup>20</sup>.

#### 4. LLEGADA DE LA UNIÓN APOSTÓLICA A ESPAÑA

Si tuviéramos que buscar precedentes en España de asociaciones sacerdotales del tipo de la U. A. nos sería difícil encontrarlas. Los mismos bartolomitas dirigieron en Gerona el seminario (1682). En el siglo XIX, san Antonio M.<sup>a</sup> Claret tradujo las *Constituciones de Holzhauser* y las adaptó para su obra apostólica con sacerdotes seculares que deberían vivir en comunidad. Pero nada más. Lo cierto es que la U. A. llegó a España después de su aprobación por León XIII, cuando llevaba más de treinta años de existencia en Francia. En 1888 se tuvo noticia por primera vez de su existencia: Isidoro Bengoechea, párroco de Santa María en San Sebastián, llegó a conocimiento de la U. A. por medio de la revista *Dogma y Razón*, que recogía una noticia donde se hablaba de Lebeurier y del «Rosario Sacerdotal». Bengoechea pidió su admisión a Lebeurier, siendo admitido el 20 de mayo de 1888. Este sacerdote empezó a difundir el breve de León XIII y «Una noticia de la Unión Apostólica», que publicó en el *Boletín Oficial Eclesiástico de Vitoria*, el 1 de febrero de 1893<sup>21</sup>. Ya en 1894 se estableció el primer centro de la U. A. en España. Éste radicó en Mallorca. En el *Boletín Eclesiástico del Obispado de Mallorca*, en 1893, se publicaba el Breve de León XIII y un resumen del fin y los medios de la Aso-

19 A partir de este momento la organización será la siguiente: grupo local o unidad diocesana; asamblea nacional o unión nacional y unión internacional. En cada estado habría un director (o asistente general en el caso nacional), consejeros y un secretario-tesorero, elegidos por seis años, por mayoría de votos, según el canon 101.

20 Se trata de la cuarta Regla, que sufrirá ligeras modificaciones en 1937, 1946, 1952 y 1958. Esta Regla general podía sufrir adaptaciones y adiciones por parte de las Uniones Nacionales, previa consulta con la Internacional. En 1968, y como consecuencia del Concilio Vaticano II, se aprobaron unos Estatutos, *ad experimentum*, que fueron refrendados en 1978. El 9 de abril de 1998 la Congregación del Clero aprobó sus nuevos Estatutos. Sobre las cuestiones jurídicas, ver F. Massimo Pepe, *Il percorso storico-giuridico dell'Unione Apostolica del Clero secondo l'evoluzione dell'ordinamento associativo della Chiesa (1862-1995)*, tesis pro manuscrito, Pontificia Università della Santa Croce, Roma 2002.

21 *BOEVi*, año XXIX, 1 de febrero de 1893, pp. 33-38. También se publicó en agosto de 1893 en el *Mensajero del Corazón de Jesús*, y en los Boletines eclesiásticos de Valladolid y La Habana.

ciación para conocimiento del clero diocesano. Mosén Miguel Maura i Montaner (1843-1915)<sup>22</sup>, vicerrector del seminario mallorquín, fue quien constituyó ese primer centro diocesano en España. Todo el equipo del Seminario, encabezado por Maura i Montaner, el 1 de junio de 1894, fiesta del Sagrado Corazón, de una manera privada se comprometieron seriamente a vivir el ideal de la Unión Apostólica. Este centro diocesano fue erigido el 8 de diciembre de 1904 y eligió su primera junta directiva en 1912; en 1913 aprobó su propio reglamento diocesano<sup>23</sup>.

##### 5. EXPANSIÓN DE LA UNIÓN APOSTÓLICA (1900-1916)

La Unión Apostólica se fue difundiendo de una forma natural, significativamente mediante la asunción de asociaciones sacerdotales locales a la Unión Apostólica<sup>24</sup>. En Zaragoza, el 2 de enero de 1900, se constituye la «Sociedad Sacerdotal de mutuo auxilio espiritual y corporal entre eclesiásticos», que se agregó a la U. A. el 8 de diciembre de 1904 (la «Familia Eclesiástica de Zaragoza» se adhirió a la U. A. en 1905); la «Sociedad de Mutuos Auxilios de Calatayud» se incorporó el 23 de octubre de 1904 a la U. A. de Calatayud, fundada en 1901 y aprobada por el obispo el 26 de noviembre de 1903; la «Pía Asociación del Clero Diocesano» de Sevilla se integra en 1905<sup>25</sup>; la «Asociación Sacerdotal para el Apostolado popular», instituida en Barcelona en 1905, elaborará los estatutos de la U. A. de Barcelona en 1912. Aún en 1905, el 8

22 El siervo de Dios, Miguel Maura i Montaner, fue rector del Seminario mallorquín. Fundó la congregación de «Hermanas Celadoras del Culto Eucarístico». Otros personajes egregios de la vida insular pertenecieron también a esa primera Unión diocesana: por ejemplo, los obispos Rigoberto Doménech Valls (1919-1925) y Gabriel Llopart Jaume (1925-1928); o Miguel Costa Llobera (1854-1922) y Antonio M.<sup>a</sup> Alcover Sureda (1862-1932), fundador del «Institut d'estudis catalans» y eminente filólogo.

23 Los miembros de una misma diócesis constituían una unión diocesana. Esa unión diocesana debía comprender un mínimo de diez miembros, que elegían un director y un consejo.

24 Para los inicios de la U. A. en España, ver *Crónica de la Primera Asamblea Nacional de los Centros Españoles de la Unión Apostólica celebrada en Madrid en los días 26, 27 y 28 de septiembre de 1910*, Madrid 1911, pp. 87-95; y *Segunda Asamblea Nacional de la Unión Apostólica Sacerdotal de España celebrada en Zaragoza y peregrinación sacerdotal a Nuestra Señora del Pilar, septiembre de 1916*, Zaragoza 1917, p. 50s.

25 *BOESev*, 1905, 379-384. Se adjuntaba una reseña sobre la U. A. y el obispo de Sevilla animaba a esta asociación a que se uniera a la Unión Apostólica.



de septiembre, se establece el centro de San Sebastián; y la «Sociedad Sacerdotal de Nuestra Señora de los Milagros de Ágreda» (Tarazona) se transforma en unión diocesana. Valladolid se establece en 1906. En 1908 se fundan tres centros: el de Madrid; el de Vitoria —fundado por León Solache—, centro que en adelante llevará el peso de la asociación en España, y el de Osma. El 4 de enero se funda el de Tarragona.

Este rápido crecimiento e instauración de centros, estuvo influido, en gran medida, por las palabras de san Pío X, animando a pertenecer a esta institución, cosa que, por otro lado, facilitaba su control, ya que una de sus características era la unión con el obispo diocesano; a la par, se frenaban las innumerables asociaciones sacerdotales que surgían espontáneamente, haciéndolas converger hacia la Unión. Esta rápida difusión de la U. A. hizo que fuera necesario reunir a todas las uniones diocesanas para constituir una Unión Nacional. Monseñor Lebeurier encargó a don Enrique Reig, presidente del centro de Madrid, que convocara en la capital una Asamblea Nacional, en septiembre de 1910<sup>26</sup>. A ella concurrieron doce centros, con un total de 558 asociados<sup>27</sup>. En esta asamblea se nombró un director nacional en la persona de Enrique Reig y se pidió a la *Revista Parroquial de acción social popular*, fundada en Toledo en 1907, que insertara noticias sobre la Unión Apostólica a la espera de tener un boletín propio<sup>28</sup>.

## 6. LA SEGUNDA ASAMBLEA NACIONAL DE LA UNIÓN APOSTÓLICA

La Unión Apostólica seguía extendiéndose con gran celeridad, encontrando el apoyo de la jerarquía y la connivencia de algunas órdenes religiosas como los jesuitas, los Misioneros Hijos del Corazón de María o los padres paúles, que solían predicar los ejercicios a los asociados de la Unión. Hasta la segunda Asamblea de la U. A. de España, celebrada en Zaragoza en 1916, se crearon innu-

26 *Crónica de la Primera Asamblea Nacional de los Centros Españoles de la Unión Apostólica, celebrada en Madrid en los días 26, 27 y 28 de septiembre de 1910*, Madrid 1911.

27 Estos centros, por orden de antigüedad, eran: Palma de Mallorca, Zaragoza, Calatayud, San Sebastián, Sevilla, Tarazona, Valladolid, Madrid, Vitoria, Tarragona, Cuenca y Osma.

28 Igual proceder se había seguido en Francia, donde las noticias de la U. A. aparecieron primero en la revista *Études Ecclesiastiques* y posteriormente (1921) en *l'Union Apostolique*.



merables centros <sup>29</sup>. Esta segunda asamblea estaba proyectada para 1914, pero el fallecimiento de san Pío X y el inicio de la primera guerra mundial la frenaron. En 1915 llegó una nueva postergación. Finalmente, en septiembre de 1916, tuvo lugar la reunión. La asamblea comenzó, como era tradicional, con unos ejercicios espirituales que tuvieron lugar en el Real Seminario de San Carlos. Luego, en las sesiones generales se presentaban ponencias y comunicaciones que eran discutidas. El discurso inaugural corrió a cargo del obispo de Olimpo, auxiliar de Málaga, don Manuel González. Los temas que se proponían a estudio de los asistentes eran sobre «el régimen interior de la obra» y sobre «obras de apostolado». Respecto al primer punto, las discusiones se centraron en la vida en común y en la necesidad de tener un órgano de expresión propio. En cuanto a las obras de apostolado, preocupaba el modo de promocionar vocaciones sacerdotales desde las parroquias, cómo atender a los seminaristas en el servicio militar, la formación de maestros católicos y cómo mejorar las catequesis. Al final, se eligió un nuevo asistente general para España, ya que don Enrique Reig había sido nombrado obispo de Barcelona. El nuevo director general era Asunción Gurruchaga, vicerrector del Seminario Conciliar de Vitoria. Nombramiento que fue confirmado por monseñor Lebeurier.

Esta asamblea fue un foco de iniciativas impresionante <sup>30</sup>. Los participantes superaron el medio millar y participaron varios obispos <sup>31</sup> y sacerdotes que en un futuro próximo alcanzarían una espe-

29 En 1911 en Calahorra, Astorga, Ávila, Ciudad-Rodrigo, León, Santiago, Valencia. En 1912 en Almería, Barcelona, Canarias, Guadix, Palencia, Salamanca y Segovia. En 1913 en Badajoz, Orense y Oviedo. En 1914 en Córdoba, Granada, Ibiza y Orihuela. En 1915 en Lérida, Solsona, Tortosa y Tudela. En 1916 en Gerona, Plasencia, Teruel y Zamora.

30 Aunque no necesariamente ligada a la celebración de esta Asamblea, en 1918, José Pío Gurruchaga funda las «Hijas de la Unión Apostólica», instituto que se encargaba de colaborar con los sacerdotes en las parroquias en cuestiones litúrgicas y apostólicas, fomentando especialmente las vocaciones sacerdotales. Más tarde, pasarán a llamarse «Religiosas Auxiliares Parroquiales de Cristo Sacerdote». D. Joaquín Goicoecheaundía pondrá en marcha una fundación de parecidos fines llamada las «Auxiliares del Clero». Ver M. R. Martínez Ciges, *Testigo y apóstol: José Pío Gurruchaga Castuariense: fundador de las Religiosas Auxiliares parroquiales de Cristo Sacerdote*, Palencia 1996. Don José Pío «consultó» la conveniencia de la fundación con don Asunción Gurruchaga, en ese momento director general de la U. A. en España y rector del Seminario de Vitoria.

31 Por aquel entonces 15 obispos pertenecían a la U. A. y unos 4.700 sacerdotes estaban inscritos en sus centros. Al final de las actas está el elenco de todos los participantes por centros y, en muchos casos, la especificación de sus cargos pastorales diocesanos.



cial relevancia en la vida eclesiástica española<sup>32</sup>. Entre las conclusiones de la asamblea cabe destacar la sugerencia de que los centros se consagren a María Inmaculada como *esclavos de amor*, según la doctrina del beato Montfort, y que los socios estudien el «Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen»<sup>33</sup>. También, que la vida en común de los sacerdotes se fomente desde la época del Seminario pero que no adopte una forma religiosa. En este sentido más que de *comunidad* se debe hablar de *Familia Eclesiástica*. También se debía promocionar la obra de la «Hermandad de operarios diocesanos» que fomentaba la búsqueda de vocaciones sacerdotales<sup>34</sup>. Que se recojan las vidas ejemplares de los miembros de la U. A. ya fallecidos en una publicación del estilo de unas semblanzas sacerdotales<sup>35</sup>. Que se establezca en las parroquias la obra eucarística de los «Discípulos de San Juan» promovida por don Manuel González, y que se apoye el apostolado del centro «Ora et labora» de Sevilla, en justa correspondencia a la propaganda que esta institución hace de la U. A.<sup>36</sup>.

## 7. LA UNIÓN APOSTÓLICA HASTA LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

En 1921 se tuvo en Madrid la tercera asamblea nacional, los días 26 y 27 de junio. La crónica de la Asamblea se recogió en la neonata revista *Boletín de la Unión Apostólica*, que inició su andadura el 1 de agosto de ese mismo año. El Boletín tenía el sello de la U. A. española «Assistentia hispana» con el lema «Cor unum et

32 Tales como don José Bau Burguet, don Enrique Plá y Deniel, don Carlos Cardó, don Santos Moro Briz, don José M. Barandiarán, don Manuel González, don Mateo Múgica, don Antonio Pildain..., etc.

33 Lógicamente, la devoción mariana era un rasgo distintivo de la U. A. Los primeros centros que se fundaron en España lo hicieron en fiestas marianas para honrar a la Virgen.

34 Fundada por M. Domingo y Sol en 1883. Desde sus orígenes promovieron y rigieron el Colegio Español de San José en Roma (1892). F. Martín Hernández, «La Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos y los Seminarios Españoles. Finales del siglo XIX y principios del XX», en *Sem* 26 (1980) 461-484.

35 Esta idea se llevó a cabo más adelante. Se escribieron unas 50 semblanzas sacerdotales entre 1943 y 1968. Un resumen del contenido de esas semblanzas se puede ver en el libro de L. M.<sup>a</sup> Torra Cuixart, *Espiritualidad sacerdotal en España (1939-1952)*. En busca de una espiritualidad del clero diocesano, Salamanca 2000, pp. 370-378.

36 Este centro sevillano de actividades sacerdotales empezó siendo una sección del Apostolado de la Oración de Sevilla encaminado a la defensa de la buena prensa.

anima una», y el emblema de la revista era la representación del Sagrado Corazón, llagado, sangrante, coronado de espinas y por la cruz, radiante y con llamaradas. Junto a él, la leyenda «Omnia per Sacratissimo Corde Iesu per Mariam Immaculatam»<sup>37</sup>.

En 1933 se tendrá en Madrid una nueva Asamblea Nacional de la Unión Apostólica, reseñada por el Boletín de la U. A.<sup>38</sup>. Por aquel entonces el director nacional era Antonio M.<sup>a</sup> Pérez Ormazabal, que fue el primer director que desde Vitoria entabló una correspondencia formal con la Dirección de la Unión Apostólica Internacional, a partir de 1935. En la Asamblea madrileña se puede constatar el gran auge de la U. A. en España. Las cifras que da la propia asociación son de cincuenta centros diocesanos y cuatro mil quinientos socios. Estas cifras experimentarán un fuerte descenso durante el conflicto civil armado, donde murieron bastantes asociados. Las cifras no se recuperarán hasta los años sesenta<sup>39</sup>. En 1940 tuvo lugar en Zaragoza otra asamblea general<sup>40</sup>.

## 8. LA UNIÓN APOSTÓLICA DESPUÉS DE LA GUERRA CIVIL

En este somero repaso histórico nos detendremos en la década de los años sesenta, antes del Concilio Vaticano II. Después de la guerra civil española la U. A. experimentó un auge importante, como sucedió en todas las instituciones de carácter eclesiástico. En parte favorecido por radicar su núcleo en la diócesis de Vitoria y por ser sus directores generales, sucesivamente, don Jesús Vírgala, confesor y director espiritual del seminario, y don Joaquín Goicoecheaundía<sup>41</sup>, director espiritual de teólogos del seminario y figura fundamental en el movimiento sacerdotal de Vitoria. A esto cabe añadir la pertenencia a la U. A. de otros beneméritos perso-

37 Cabe destacar que la revista sufrió un cambio —lo que se llamaría una segunda época— a partir de enero-febrero de 1960, desapareciendo el emblema del Sagrado Corazón y el sello de la Unión Apostólica Española.

38 «Crónica de los ejercicios espirituales y de la Asamblea Nacional de la Unión Apostólica en España», Madrid 4-12 septiembre 1933, en *Boletín de la Unión Apostólica* 130 (1933) 113-176.

39 En 1945 existían 35 centros diocesanos y unos 3.500 socios. En 1954, 5.960 sacerdotes. En 1962, 50 centros y 6.200 sacerdotes, más 600 seminaristas. En ese mismo año, en todo el mundo, existían 650 uniones, repartidas en 35 naciones, con un total de 34.000 miembros.

40 *Boletín de la Unión Apostólica* 175 (1940) 57-72, 73-88; 177 (1941) 1-16.

41 Dirigió la U. A. de Vitoria durante doce años y luego fue director nacional del 1959 al 1978. Dirigió durante veintisiete años la revista *Surge*.

najes, como don Jose María García Lahiguera, director espiritual del Seminario de Madrid, o don Santos Moro Briz, Lamberto de Echeverría, Ángel Morta, Fernando Bujanda, Bernardo Asensi, Ángel Suquía, Antonio Pérez Tenaguillo... En 1951 se tuvo el Capítulo Nacional en Madrid con la presencia de monseñor Simone Delacroix, director general de la U. A.<sup>42</sup>. En esos años al órgano oficial de la U. A. se le ha de sumar la revista *Surge* (iniciada en 1941), de más calado teológico y científico. Esta revista era como el complemento «teórico» del Boletín de la U. A., donde preferentemente se anunciaban actos y se daban datos de la Unión. Con *Surge* entra la reflexión a fondo sobre el ministerio del sacerdote, en paralelo al nacimiento en España de un intento de espiritualidad diocesana<sup>43</sup>.

El período de estudio de la U. A. del Clero lo cerramos en 1962, año del centenario de la U. A. En septiembre de 1961 se celebra el Capítulo Nacional extraordinario de la Unión Apostólica de Sacerdotes en la casa del Pinar (Madrid), con asistencia de monseñor Delacroix y del director nacional Goicoecheaundía y del asistente general Pérez Ormazabal<sup>44</sup>. En esta reunión —preparatoria del Capítulo Internacional del año siguiente en Roma—, se constata la vitalidad de la Asociación, a la cual pertenecen una cuarta parte del clero secular español<sup>45</sup>. Se establecen en Madrid dos secretarías nacionales: una «nacional», dependiente de Vitoria (dirección nacional), y otra «internacional», dependiente de la dirección general con sede en París (para los sacerdotes que trabajan en Iberoamérica). Es importante destacar cómo la U. A. de España fue el puente natural para transplantar la asociación a toda Hispanoa-

42 Monseñor Delacroix, protonotario apostólico, miembro de la Comisión del Concilio para la disciplina del clero. En 1950 ya había estado en San Sebastián dando unas conferencias. En 1968 dejó su cargo de director internacional a Juan Esquerda Bifet.

43 La revista *Surge* no «obligaba» (por ejemplo, a su lectura o suscripción) en el sentido del *Boletín de la Unión Apostólica* que recibían todos los asociados. En carta del 24 de octubre de 1951 el director general para España habla de este proyecto a Delacroix. La idea era hacer algo parecido a la revista francesa *Prêtres Diocésains*, que en 1962 sería el órgano oficial de la U. A. Internacional. En su respuesta, Delacroix (París, 30 de octubre de 1951) se pregunta si *Surge* no podía ser el Boletín Oficial de la U. A. en España. Ver también «Editorial, *Surge* en la Unión Apostólica», en *Surge* 12 (1952) 1-5.

44 Los asistentes nacionales (del de España dependían también Portugal, América del sur y central) formaban parte del gobierno internacional, mientras que los directores nacionales se ocupaban de las relaciones entre los centros diocesanos. Un asistente podía englobar varios países, con sus respectivos directores nacionales.

45 52 centros diocesanos y 6.500 sacerdotes asociados.

mérica <sup>46</sup>. Precisamente en coincidencia con el auge de la HOCS-HA, Mutual del Clero y Hogares Sacerdotales <sup>47</sup>.

## 9. CLAVES DEL «ÉXITO» DE LA UNIÓN APOSTÓLICA EN ESPAÑA

### A) *Apoyo de la jerarquía*

Como hemos observado, el desarrollo de la U. A. en España fue enorme, al menos en lo que respecta al número de asociados. Este desarrollo se debió a varios factores. En primer lugar, a una época, un ambiente, donde la vida en común del clero y los apoyos a su santidad estaban muy vivos. Surgen, espontáneamente, en muchos sitios del mundo y en diversas diócesis movimientos sacerdotales con mayores o menores pretensiones. El hecho de que la U. A. naciera en Orleans (con la presencia de Dupanloup), alrededor de los sulpicianos y muy ligada a la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, ayudó a su implantación en Francia y posteriormente en España. Un factor decisivo fue el apoyo y la estima de la autoridad jerárquica y el no haber actuado nunca a sus espaldas. Este hecho se evidencia en las aprobaciones y recomendaciones que recibió de los romanos pontífices, factor decisivo de su extensión allende del hexágono. En el caso de España, la llegada de la U. A. —que venía precedida de una cierta aureola— propició que se pudieran encauzar multitud de asociaciones diocesanas sacerdotales fundiéndose con la Unión Apostólica.

### B) *¿Espiritualidad propia?*

Si atendemos a la espiritualidad subyacente a la asociación encontramos que no hay propiamente una originalidad, no tiene

<sup>46</sup> Es de destacar que ya en 1951 encontramos una carta desde París agradeciendo a la dirección española el trabajo desarrollado en América. Monseñor Larrain, obispo de Talca en Chile (1939), asesor general de la Acción Católica chilena (1950) y presidente del Celam (1963) fue un personaje clave en la instauración de la U. A. en Sudamérica, aunque, como ya vimos, en el siglo XIX ya surgieron centros pioneros.

<sup>47</sup> Téngase en cuenta que la diócesis de Vitoria fue pionera en la incorporación del clero secular a las misiones, apoyando la Unión Misional del Clero. Ver J. Zunzunegui, «El movimiento misional en la diócesis de Vitoria», en *El Siglo de las Misiones* 35 (1948) 362-365.

una espiritualidad propia: «sino aquella que se deriva de la teología del sacerdocio, de la misión y de las funciones del sacerdocio diocesano»<sup>48</sup>. Los medios que propone la Unión son muy prácticos y a la vez suponen un compromiso firme por parte de los que los asumen. Esos medios están muy en la línea de las directrices pontificias (especialmente *Haerent animo*) y por otro lado eran prácticas de piedad tradicionales entre el clero. La Unión Apostólica no quería transmitir una espiritualidad determinada, particular, si bien es cierto que insistía en la devoción al Sagrado Corazón (muy propia de la época y presente hasta los años sesenta) y en la devoción eucarística. Estas devociones, muy del gusto del momento, ayudaron a la implantación de la asociación en España. Junto a esto, las ayudas a la vida del sacerdote de tipo práctico y la concesión de algunos privilegios.

### C) *El Boletín de actos*

El Boletín de actos era el medio de «control» personal de los actos de piedad a los que se comprometía un socio de la unión apostólica. Este boletín recibía el nombre de Boletín, diario de regularidad o *ratio mensis*. De él se decía «poca cosa es este boletín: práctica pequeña, pero muy grande en sus resultados». El Boletín de actos constaba de unos actos obligatorios y otros facultativos. Entre los obligatorios figuraban los maitines y laudes antes de la Misa; meditación; estudio eclesiástico; la plegaria de la asociación; lectura espiritual; rosario; visita; cuentas de ingresos y gastos (estipendios); exámenes general y particular y la anotación del Boletín. Entre los facultativos, la confesión semanal o quincenal; el retiro mensual; el levantarse a hora fija de víspera; preparación para la Misa; acción de gracias; preparación para la meditación y lectura de la sagrada escritura.

El Boletín era importante porque distinguía a los miembros *activos* de los meramente *adheridos*<sup>49</sup>. El Boletín se debía entregar cada mes, o al menos cada dos meses, al director diocesano, a cualquiera de los miembros de su consejo, a un director del Seminario

48 Artículo 2.º de los Estatutos de 1964. En las anteriores Reglas ni siquiera se trataba este aspecto.

49 No rellenaban el Boletín, pero pagaban y recibían la revista, no tenían voz ni voto en las asambleas, no gozaban de las gracias y privilegios de los miembros de la asociación.

Mayor o al propio director de conciencia. Éstos podían hacer alguna indicación al respecto sobre el cumplimiento de los actos<sup>50</sup>. A la crítica que a veces se levantaba sobre si el Boletín suponía una cuenta de conciencia, se contestaba que lo que importaba era el hecho, no el modo de su cumplimiento o incumplimiento. El rellenar la casilla<sup>51</sup>, respondía a «¿has hecho la meditación?» y no a la pregunta «¿cómo has hecho tu meditación?».

Parece claro que el Boletín era una gran ayuda para obligarse a realizar una serie de actos de piedad que enriquecían la vida espiritual del sacerdote y que en principio no suponían la aceptación de ningún tipo de espiritualidad externa. Teniendo en cuenta que la labor de la U. A. empezaba frecuentemente en los Seminarios, estos boletines se presentaban como un medio eficaz tanto para el seminarista como para el director espiritual.

#### D) *Los Seminarios*

Otro factor del éxito de la asociación fue su simbiosis con la labor de los Seminarios. No es infrecuente que entre los directores diocesanos figuren directores espirituales del Seminario, profesores y, por supuesto, en algunos casos, el propio obispo. Además, el ideal de la vida en común, que proponía la Unión y que era el más difícil de conseguir, estaba establecido de propio derecho en esos establecimientos. En bastantes casos, la unión diocesana se constituyó en la capilla del Seminario (Cartagena, Solsona, Tortosa, Palencia...). Por lo demás, la Unión hizo collera con la «Hermandad de Operarios Diocesanos», que en el primer tercio del siglo xx asumió la dirección de numerosos seminarios diocesanos. La «Hermandad» daba mucha importancia a la dirección espiritual y al cumplimiento del reglamento del Seminario en la línea de la U. A.

50 El que recibía el Boletín tenía que guardar un «secreto quasi-sacramental» sobre su contenido. Cuando se entregaba a un superior que no era de la U. A. a fin de año había que informar al director diocesano sobre la regularidad del envío del Boletín. A los socios que no rellenaban el Boletín se les conocía como «durmientes» y la «negligencia inveterada» en el envío del Boletín era causa de expulsión de la asociación.

51 Existían unos signos convencionales previstos, aunque se podía obrar diversamente: (\*) = ejercicio regularmente cumplido; (-) = omisión involuntaria; (0) = omisión voluntaria.



## 10. UNA CONTROVERSIA. LAS SEMEJANZAS CON LO RELIGIOSO

Un aspecto controvertido era el carácter más o menos religioso, o asimilado a las congregaciones religiosas, de la U. A. Para muchos, la espiritualidad de la U. A. era una adaptación de la vida religiosa al clero secular. Evidentemente, el hecho de la vida en común y la presencia de monseñor Ramière en los inicios de la fundación hacían pensar en una cierta mimetización. También, la frecuencia con que se acudía a jesuitas y paúles para dirigir los ejercicios (por otro lado, normal en la época). El mismo nombre de Regla dado a sus estatutos, y en algunas uniones nacionales (España, Italia) el hecho de que se permitiera a algunos sacerdotes hacer votos privados<sup>52</sup>. Otro factor que podía generar confusión era la costumbre de bastantes miembros de la U. A. de firmar utilizando siglas, llevar algún distintivo en el traje eclesiástico para reconocerse o tener como saludo propio la expresión «Pax tecum»<sup>53</sup>.

Los miembros de la Unión y las publicaciones que editaban<sup>54</sup> intentaban marcar distancias respecto a la idea de una espiritualidad religiosa adaptada al clero secular. Esta «asimilación» cobra especial importancia a partir de la reconstrucción religiosa posterior a la guerra civil y en consonancia con el debate que propició el surgimiento de lo que se ha dado en llamar una espiritualidad diocesana del clero<sup>55</sup>. La U. A. española irá evolucionando al compás de los cambios de la propia sociedad eclesiástica y de sus

52 En principio, la adscripción de una sacerdote a la U. A. se realizaba después de un tiempo de prueba —de entre seis meses y un año—, con la aceptación del director diocesano y la emisión de una promesa de estabilidad. Los seminaristas también podían ser admitidos pero con un mayor tiempo de prueba.

53 En la segunda Asamblea de la Unión se planteó la cuestión de cómo los miembros de la Unión podían reconocerse fácilmente. Entre las propuestas estaban las arriba señaladas. No debieron ser muy seguidas, pues en la tercera Asamblea se volvió a insistir sobre el particular.

54 Por ejemplo, los folletos: ¿Qué es la Unión Apostólica?; Asociaciones sacerdotales y U. A.; Perspectivas de la Unión Apostólica; Guía de promotores de la Unión Apostólica; El Boletín de Actos y la Unión Apostólica; Directorio espiritual del sacerdote, etc.

55 Es sintomático que la reflexión acerca de la espiritualidad del clero diocesano surja como consecuencia del debate medieseular sobre la llamada a la perfección de los sacerdotes seculares y, concretamente, en relación con los sacerdotes regulares. Sobre esta temática ver, P. J. Simón-Ezquerro, *La espiritualidad del sacerdote diocesano, un siglo de debate en España (Teología, historia y derecho)*, Logroño 1999.

miembros<sup>56</sup>. Así, a los medios tradicionales que ofrecía la U. A. a sus miembros, especialmente los Ejercicios y el cumplimiento del Boletín de Actos, se añadió en 1951 un llamado «tercer grado de espiritualidad» que tenía resonancias religiosas, pues se trataba de poner en práctica los consejos evangélicos acomodados a las condiciones del clero diocesano<sup>57</sup>. Este hecho le acarreó algunas críticas<sup>58</sup>.

La pobreza, la castidad y la obediencia se vivirían en la U. A. como una exigencia común a todo cristiano que aspire a la perfección y sin necesidad de votos. Ya existían en los centros diocesa-

56 Es de destacar que en todas las Reglas no se hace especial mención de una espiritualidad particular ligada a la diócesis. En cambio, se habla de santificación del clero a través de unos medios y de un lema. Sin embargo, en los últimos estatutos aprobados, en el punto quinto, se habla de una invitación a vivir el ministerio del orden a través de la espiritualidad de la Iglesia particular en que cada uno esté incardinado. Esta evolución se acentuó después del Concilio Vaticano II, como ponen de manifiesto estas palabras: «La Unión Apostólica ha considerado también las líneas maestras, trazadas por el Concilio, para una espiritualidad propia y específica del clero diocesano. Queremos ser buenos, no de cualquier manera, sino como tales sacerdotes diocesanos, respondiendo a nuestra misión y a nuestras funciones peculiares en la Iglesia de Dios, es decir, con la espiritualidad propia, ni más ni menos, de sacerdotes diocesanos» (Presentación de la primera Semana Nacional sobre Teología y Espiritualidad del sacerdote diocesano a la luz del Vaticano II, organizada por la U. A. en Pamplona, en agosto de 1966). En este sentido, don Joaquín Goicoecheaundía tiene unos apuntes de una conferencia que corroboran este extremo y que llevan por título «La evolución histórica de la espiritualidad sacerdotal según los estatutos de la Unión Apostólica».

57 La idea de añadir un tercer grado de espiritualidad parece responder a la necesidad de no dejar a nadie fuera de la U. A. (san Pío X no quería que la U. A. fuera una capillita para unos pocos) y quizás a las recientes aseveraciones del Romano Pontífice en el Congreso Internacional de Religiosos (27 de noviembre de 1950) —carta (AAS 43 [1951] 24-26) y alocución (AAS 43 [1951] 26-36)—, en las que el Papa, después de establecer la igualdad del clero secular y regular en el derecho divino, aclaraba que el clérigo secular, en virtud del derecho divino, no estaba obligado a los consejos evangélicos y sobre todo no lo estaba de igual modo y por igual razón que el clérigo religioso. Esto no quitaba en manera alguna la obligación que tenía por razón de su dignidad y deberes sacerdotales de procurar su perfección personal. A la vez afirmaba que podía espontáneamente y en privado aceptar tales vínculos. Estos dos documentos se interpretaron mal y se aplicaron erróneamente «a favor» del estado religioso, lo cual hizo necesaria una nueva intervención de Pío XII; texto en A. M. Charue, *El clero diocesano: Tal como lo ve y lo desea un obispo*, Vitoria 1961. En la década de los sesenta formaban parte del consejo internacional un jesuita y dos sulpicianos.

58 Las críticas que surgieron por este motivo: «Quieren hacernos frailes», fueron respondidas por Joaquín Goicoecheaundía en su discurso del 27 de abril de 1962, en las Jornadas Sacerdotales de Vitoria, titulado «Asociaciones Sacerdotales y Unión Apostólica».

nos reglamentos propios para los que quisieran vivir estos consejos evangélicos. Como todo, en la U. A. se concretó en aspectos muy prácticos. *Pobreza*: pedir permiso al superior para gastos extraordinarios y dar cuenta de los demás gastos; *castidad*: piedad mariana y eucarística, penitencia corporal una vez por semana, y modestia manifestada en la renuncia a los espectáculos públicos y en el cumplimiento de las normas de prudencia con las mujeres en el confesionario, viajes y labores apostólicas; *obediencia*: obediencia al obispo; disponibilidad manifestada en no pedir o rechazar cargos; no dar pie a críticas acerca de las disposiciones del obispo y ayudarle con datos y sugerencias que puedan serle de utilidad.

## 11. CONCLUSIÓN

La Unión Apostólica del Clero ha sido a lo largo del siglo xx en España una de las asociaciones sacerdotales para la santificación del clero más importantes tanto por el número y la «significación eclesial» de sus miembros como por las obras apostólicas que ha llevado a término. El auge de la U. A. tiene una gran relación con las recomendaciones de los romanos pontífices y con sus medios característicos de ayuda a los sacerdotes muy acordes con los tiempos. Así, los asociados a la U. A. buscaban una ayuda externa, un cierto compromiso que les facilitara el cumplimiento de sus deberes fundamentales. Además, corriendo el tiempo, la pertenencia a la U. A. también llegó a ser un motivo de orgullo. Su desarrollo se vio favorecido por la adscripción de bastantes obispos y de rectores y directores espirituales de Seminarios que difundieron entre los seminaristas los ideales de la Unión.

La Unión Apostólica de España realizó diversas asambleas con abundante participación del clero secular de todas las diócesis. A ellas acudieron muchos sacerdotes que luego desempeñarían un papel fundamental en la renovación de la Iglesia católica en la España de la posguerra. No se puede obviar el hecho de que la dirección de la U. A. en España estuviera muy ligada al centro diocesano de Vitoria, ni que allí surgiera un movimiento sacerdotal revivificador de la espiritualidad sacerdotal después de la guerra civil.

El hecho de que la U. A. no tuviera una espiritualidad propia hizo que se fuera «redefiniendo» a lo largo de su existencia adaptándose a las medidas y necesidades de sus miembros. Esta adap-

tación fue más evidente entre los años cuarenta y el Concilio Vaticano II, época en que el clero era más reacio a la disciplina y al control, las prácticas externas iban perdiendo fuerza y la espiritualidad del Sagrado Corazón se fue diluyendo<sup>59</sup>. De esta manera, sin perder su valor el Boletín de actos, clave de bóveda de la U. A., surgió una tercera vía o «tercer grado de espiritualidad» que intentó tender un puente con aquellos sacerdotes que pretendían vivir una vida sacerdotal configurada en torno a los consejos evangélicos. Este tercer grado coincidió con los años de efervescencia del debate sobre la llamada a la perfección del sacerdote secular. Posteriormente, la U. A. entrará, justo antes del Vaticano II, en la senda de la defensa de una espiritualidad peculiar del clero diocesano. Cabe añadir que la U. A. de España tuvo un papel fundamental en el establecimiento de la Asociación en Sudamérica y especialmente en la colaboración con la obra de misiones, otra iniciativa alentada desde Vitoria.

En conclusión, la U. A. ha sido, durante dos tercios del siglo XX, la asociación sacerdotal hegemónica en España a la vez que se ha visto inmersa en una lenta evolución. Además, ha supuesto para gran parte del clero español un medio muy útil de santificación de su ministerio y de unión con sus obispos; tomando parte activa en el debate sobre la llamada a la perfección de los sacerdotes y en la génesis del movimiento de espiritualidad sacerdotal diocesana.

SANTIAGO CASAS  
Universidad de Navarra

59 La Unión Apostólica también sufrió la crisis posconciliar. A pesar de su gran extensión, Delacroix, escribiendo desde el Concilio, constataba, como muy pocos obispos conocen, los fines y medios de la Unión. Don Joaquín Goicoecheaundía, para preparar el Capítulo nacional de 1965, pasó un cuestionario a las uniones diocesanas. Respondieron treinta y una. La mayoría decía que su centro estaba «anémico» o «lánguido» y que era debido a la falta de interés de los curas jóvenes, a la existencia de otras asociaciones, a la desilusión y dificultades y a que el Consejo de la Unión Diocesana estaba sobrecargado de trabajo. En el Capítulo internacional de 1966 presentó su dimisión «inesperadamente» todo el Consejo internacional.

## SUMMARY

The 19<sup>th</sup> Century XIX witnessed a notable flowering of priestly associations intended to help priests in the pursuit of perfection. Among these associations, the Apostolic Union of the Clergy stood out. From its inception in 1862 it experienced constant growth and enjoyed the support of the Roman Pontiffs (Leo XIII and Pius X). The association reached Spain in 1888 and, incorporating other recently-formed diocesan priestly associations, quickly spread, thanks to the support of the hierarchy, its practical character, its diffusion in the seminaries, and the adaptable nature of its spirituality. Before the Spanish Civil War the Apostolic Union had already become prevalent in Spain, with Vitoria as its focal point.

After the Civil War, important personages of Spanish ecclesiastical life came to form part of the Apostolic Union. In the midst of misunderstandings due to its similarities with the religious state, the Union evolved with ecclesiastical society, participating in the debate on the calling to holiness and in the birth of the movement of priestly diocesan spirituality.